

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

Acción Antiautoritaria

Podría creerse que la posición que tratamos de definir frente al sindicalismo neutro, responde a una tendencia antiorganizadora o al deseo de señalar nuestra superioridad frente a la masa obrera. Nada de eso hay en nuestra resistencia a seguir las normas tradicionales del sindicalismo europeo, que parecen aceptar como las únicas coordinantes con su acción sindical y con su propaganda doctrinaria la mayoría de los compañeros de Europa.

El movimiento anarquista de la Argentina ha establecido en el terreno sindical una línea paralela que sigue la trayectoria del movimiento obrero e impide sus desviaciones en momentos de confusión. Y puede decirse que a la influencia anarquista se debe que el socialismo no haya tomado arraigo en las organizaciones proletarias y que la misma fracción reformista del sindicalismo se vea obligada a mantenerse en una posición teórica que no interpreta los verdaderos propósitos de sus jefes.

Desde hace más de treinta años los anarquistas de este país desarrollan su propaganda con especialidad en las organizaciones proletarias. Pero ese reconocimiento de la eficacia del sindicalismo como medio de acción anticapitalista — y también como tribuna para difundir las ideas libertarias — no llevó al anarquismo a un punto de transigencia tal que pudiera resultar anulada la crítica al reformismo marxista y a las diversas influencias autoritarias que fueron minando a la mayoría de las corporaciones sindicalistas de Europa.

La intransigencia doctrinaria salvó a la Federación Obrera Regional Argentina de las desviaciones preparadas por los elementos reformistas y autoritarios. Y como consecuencia de esa lucha entre los anarquistas y los sindicalistas puros, se promovieron grandes debates entre los partidarios de la recomendación del comunismo anárquico y los que sostenían que la F. O. R. A. era una organización obrera independiente de todo credo político o filosófico.

Durante muchos años la piedra de toque fue eso que se llamó el "rotulo", pero que en realidad era una declaración de fe anarquista que impedía a los camaleones apoderarse de nuestra organización proletaria. ¿Quién niega hoy que la F. O. R. A., al definir su posición en el terreno doctrinario, estableció de hecho una teoría sindical opuesta al sindicalismo neutro?

La acción antiautoritaria desplegada por los anarquistas en el movi-

miento obrero de este país, interpretaba una situación especial de nuestro proletariado y respondía a una tendencia que poco a poco se fue concretando en una síntesis ideológica que nos dio la medida de lo que significaba la primitiva intransigencia de la F. O. R. A. Sin mucho esfuerzo podemos señalar hoy los puntos de divergencia con el sindicalismo puro, tanto en la teoría como en la táctica. Y esa divergencia se demuestra también en lo que respecta a la posición que nosotros ocupamos en el movimiento obrero, y la que se empeñan en mantener la mayoría de los camaradas de Europa.

sitos económicos y realiza conquistas de orden secundario en su acción contra el capitalismo, los anarquistas de Europa actuaron y actúan en los sindicatos como simples trabajadores. De ahí que la propaganda anarquista, difundida en ese vasto e indeterminado campo de acción, no haya influido en el ánimo de los trabajadores para despertar en ellos concepciones superiores de vida, ideas de libertad y espíritu de intransigencia frente a los apetitos y las miserias que el sindicalismo pone diariamente en beligerancia.

Nuestro criterio, en cambio, nos permitió extender la propaganda an-

país, mientras que en Europa los anarquistas están, como hace cincuenta años, reducidos a los grupos de propaganda específica y muy poco influyen en las orientaciones del movimiento sindicalista.

He ahí, pues, el arma que los falta, a los anarquistas de Europa para desarrollar su acción libertaria contrarrestando eficazmente la propaganda de los reformistas políticos y sindicales. Pero si mantienen su tradicionalismo sindicalista, renunciando a propagar sus ideas en los sindicatos a costa de la ficticia "unidad de clase", ¿cómo es posible que lleguen a poseer esa fuerza proletaria que se necesita para oponerse a las maniobras del reformismo y del autoritarismo?

FRENTE ÚNICO



¿Que cambie de disco? Si no tienen otro los infelices...

Del punto de vista teórico, ¿quienes interpretan mejor las ideas anarquistas llevadas al terreno de la acción sindical? No es el caso de discutir ahora eso. Atengámonos al resultado de una y otra posición táctica en el movimiento obrero.

Fieles a su criterio de que el sindicalismo es la organización específica del trabajo, se inspira en propo-

arquista en el movimiento obrero, concretando aspiraciones y anhelos y arrojándonos de fuerzas conscientes para oponerlos al atraído de los oportunistas que merodean en los sindicatos proletarios. Y el resultado es que el anarquismo tiene en la Argentina una fuerza proletaria considerable y mantiene una beligerancia efectiva en las luchas sociales del

El estudiante, mal podía escapar al sentido que la sociedad burguesa le da a la vida: enriquecerse. El régimen capitalista, hace de cada vida de hombre un motivo central: ganar dinero. Esto es lo importante; después que sea sabio o artista, eso es lo secundario. Lo que da la

Huelga de estudiantes

Un decreto arbitrario del ministro de Instrucción pública, ha tenido la virtud de hacer que los estudiantes se declarasen en huelga. En su esencia, todos los decretos de un ministro son arbitrarios; pero en este asunto no hay que profundizar ni un poco siquiera, pues la única solución posible, justa, en este tópico de la instrucción regida por el Estado, es concluir con ella, suprimirla. En vez de doctores tendríamos obreros; y todos saldríamos ganando. Ellos, porque serían hombres, con sentimientos de hombres, que un titulado solo por excepción los conserva; y los otros, los que en verdad trabajan, porque les quitarían ese enorme fardo de privilegios para los cuales trabajan y por los cuales no pueden instruirse lo que para ser hombre de nuestro siglo requiere. Si no hubiera doctores, no habría analfabetos.

Mas seamos superficiales, miremos con atención el asunto: este arbitrario decreto del ministro, ¿qué fin inmediato lleva? Dificultar los estudios, hacerlos más difíciles. ¡Bienvenido, entonces! Yo me declaro partidario del ministro. Siempre sin profundizar, sin preguntarnos: ¿que los exámenes son un crimen, una farsa estúpida? De acuerdo, ¿que los mejores estudiantes, nunca son después los grandes hombres, porque los grandes hombres no se hacen con pasta de sumisos, que esto son los buenos estudiantes? De acuerdo también. Pero ¿entretanto nos obligan a soportar ese fardo de doctores ahitos de privilegio, ¿cómo hacer para seleccionar del alud que entra a las aulas del Colegio Nacional? Por ahora, en la sociedad burguesa, bajo el régimen instruccional regido por un Estado, al que el dinero sostiene, no queda otro modo que este: Dificultar los estudios con decretos arbitrarios, hacer difíciles los exámenes, recargar de exigencias el plan de estudios... en una palabra: aumentar el número de alambres de esa criba que constituyen el Colegio y la Universidad, para que por ella pase lo más tamizado posible el armante montón de los que aspiran al título... a fin de encontrar riqueza, no sabiduría.

El estudiante, mal podía escapar al sentido que la sociedad burguesa le da a la vida: enriquecerse. El régimen capitalista, hace de cada vida de hombre un motivo central: ganar dinero. Esto es lo importante; después que sea sabio o artista, eso es lo secundario. Lo que da la

medida de la utilidad de un hombre, es la cantidad de dinero que gana con lo que él hace. Si—aquél poeta, intoxicando a su prójimo con madrigales a la luna, gana más dinero que este comerciante, intoxicando a su prójimo con conservas podridas; aquel poeta es un ser más útil que este comerciante. Por lo común ocurre lo contrario: el comerciante se enriquece y el poeta se muere de hambre; de aquí que, para la sociedad, el poeta sea un ser inútil y el comerciante un utilísimo ciudadano. Un dramaturgo burgués — Benavente, por ejemplo — que gana montones de oro; para la sociedad burguesa es un ser útil, un ser que trabaja. Un poeta rebelde — Alfauerte, por ejemplo — que vivió casi en la miseria, para esa sociedad, es un ser que debía buscar trabajo, un inútil. Yo he oído decir a un escribano (un escribano, un pobre diablo que malgastó su vida borroneando papeles, puede darse nada más inútil, para nosotros, los que no tenemos el sentido de la vida en ganar dinero, que un escribano?) lo he oído decir: "Alfauerte es inferior al almacenero de la esquina, porque éste trabaja y aquél sólo hace versos... si hubiera plantado árboles todavía!". Todo depende del sentido que se le dé a la vida y de ir o no de acuerdo con ese sentido. Alfauerte, rico con sus versos, los justifica por el concepto burgués de la vida; pobre, por no haberse dedicado a algo más lucrativo, no trabajó siquiera. Trabajar para el burgués, es sinónimo de ganar dinero — un bolsista, un político, un jockey, un vendedor de lotería están seguros que trabajan — Trabajar — para Alfauerte — es producir felicidad humana. ¡Dándole un sentido tan opuesto a la vida, como habrían de estar de acuerdo con respecto a su utilidad?

El estudiante, ser que salvo rarísimas excepciones, se mueve dentro de la órbita burguesa; estudia para obtener un título, al que acompañan privilegios que le permitirán ganarse fácilmente la vida y, con toda probabilidad, enriquecerse. El estudiante hoy, estudia para ganar dinero, es una larva de burguesía, no sé por qué la clase proletaria ha de simpatizar con estos jóvenes, los futuros explotadores de sus hijos. Esta simpatía al estudiante, es un resabio romántico que ya no tiene ra-

zón de ser... el siglo pasado, y en Europa, el estudiante era revoltoso, revolucionario a veces; los motivos políticos, las barricadas en favor del régimen republicano. Lo vieron en sus filas. Hoy, y entre nosotros particularmente, el estudiante es excéntrico, más conservador y reaccionario; ya lo hemos visto quemando bibliotecas y periódicos obreros, lo vemos siempre militando en los partidos que están en el gobierno o aspiran a él. ¿Por qué simpatizar con el estudiante? Ninguna sociedad precisa hombres que estudian para enriquecerse, sino hombres que estudian para saber, porque necesitan saber a fin de producir bien, felicidad humana.

En otra sociedad, cuando haya jóvenes que estudien para saber, porque necesitan saber, y por cuya sabiduría no adquirirán títulos ni privilegios, el estudiante lo será porque todo su organismo, por la voz de cada una de sus células, ávidas de aprender, le pedirá sabiduría. Estudiará para saber, tendrá ciencia. Ganará este estudiante futuro, ¿qué necesidad habrá de exámenes ni de reglamentos coercitivos? ¡No, si para él será un goce, el mayor goce apetecible, que esos conocimientos aumenten, ya que el estudiará para saber, porque necesita saber!

Pero para estos estudiantes que nos gastamos hoy, aspirantes al privilegio, cuyo fin es doctorarse para ganar dinero a costa de la bolsa o de la salud de su prójimo; caigan decretos arbitrarios y aumentesen el número de libros que deban aprender de memoria y hagan lo que se quiera contra ellos, siempre que se lleve a este fin salvador: dificultar sus estudios, única manera de disminuir esta alarmante horda de pulpos que aspiran a titularse para vivir del trabajo ajeno.

¡Con el ministro y contra los estudiantes huelguistas, pues! Porque este ministro arbitrario e injusto, parece que pretende librarnos de un buen número de futuros doctores, y suprimir doctores, es trabajar para una sociedad donde haya más hombres con ansias de estudiar que puedan estudiar, es trabajar por una sociedad mejor. Este es un ministro revolucionario.

ALVARO YUNQUE
Mayo 1923.

NOTAS

La honradez

La gente del pueblo es, generalmente, la que tiene más fuertemente adherido a sus otras miserias el concepto de la honradez; honradez a su modo, como a su modo la tienen también las gentes de la clase alta.

Y vamos a ver en qué consiste la "honradez" entre la gente del pueblo. Esta se basa, casi únicamente, en el respeto a la propiedad ajena. Es decir que los miserables consideran la más alta de sus virtudes no tocar las miserias de sus congéneres ni las grandezas de la clase privilegiada. De esto han hecho casi una religión. La religión de la honradez.

¡Cuidado con dudar de la honradez de la gente del pueblo! No solamente padecen esta chifladura los trabajadores y demás pobres que pasan toda su existencia a medio comer y medio vestir, es que hasta los polizontes — que son la hez de la humanidad, lo más moralmente hediondo que flota en el ambiente — tienen su "honradez" casi immaculada. El respeto a la propiedad ajena es también patrimonio de la burocracia del olfato y de la garra.

Pero la honradez de los pobres, en este punto, no se diferencia gran cosa de la de los ricos. Son respetuosos de la propiedad porque en realidad su más alta virtud es el miedo a la penalidad, el terror pánico que le han metido los co-

digos y los jueces. Lo cierto es que si no delinquen, si su mayor preocupación es mantener ese concepto de "honradez", se debe a que el pueblo padece la más terrible de las enfermedades morales; la cobardía.

He ahí a lo que viene a quedar reducido ese concepto de "honradez" que tanto preocupa a las gentes del pueblo. Nada puede haber más deleznable. No es otra cosa que una miseria más del enorme fardo con que ha cargado este Cristo para repear la cuesta de su Calvario.

Instrucción primaria

Barret sentía una profunda conmiseración por los maestros de escuela, flacos, esqueléticos siempre, agobiados bajo el peso de sus deberes y sin una remuneración que estimulara su sacro apostolado. Pero sentía también un profundo dolor por los niños que iban a las escuelas fiscales.

“¿Para qué convertir a los niños en manógrafos, para qué profanar su tierna inteligencia? — clamaba — Basta excusarnos curiosidad libre, mantener la elasticidad de su ingenio nativo, tan fácilmente asfixiado bajo las idiotas lecciones del texto; basta conservar el juego de su salud mental!”

Y a fe que no hay nada más cierto. Por eso la sociología moderna condena en todo sentido esa "instrucción" oficial,

que no es más que la completa destrucción de la mentalidad infantil.

El malogrado escritor libertario tiene frases lapidarias para los encargados de "formar la personalidad nacional enseñando el alfabeto" cuando dice:

"Los gobiernos han descubierto que la instrucción obligatoria no los compromete, como ocurriría si en las escuelas se aumentara el vigor moral de los contribuyentes. Los gobiernos montan con entera confianza la maquinaria académica, etcétera".

No solo no los compromete, sino que la escuela les sirve de excelente recurso para castrar moralmente a la población, a costa de lo cual se perpetúa su dominación.

En este caso el maestro de escuela es un instrumento del Estado y no precisamente el menos responsable. Y no se explica como los gobernantes no mantienen mejor, no cuidan con más celo, a esa bestia alfabela que les presta uno de los mejores servicios.

Juventud que se levanta...

Presenciamos una manifestación política de la fracción "joven" de un partido que aspira al gobierno provincial.

Son las diez de la mañana de un día templado de mayo. La manifestación debe partir de la plaza central del pueblo. Se ha hecho verdadero derroche de propaganda impresa para el acto. El pueblo está empapelado de muro a muro y en los carteles campea el elogio comedido a la juventud local. No obstante esto, en rededor de la tribuna no hay a esa hora más de cien personas, que no son todas jóvenes precisamente.

Un orador partidista abre el acto con palabra dulzona y temblante: "la juventud tal viene aquí a exteriorizar sus anhelos" — y no vemos por ninguna parte esa juventud que "haya venido".

Baja ese orador y sube otro, que inicia su discurso con más vehemencia y como viendo surgir por las bocacalles en revuelto torbellino a la muchachada turbulenta: "Presenciamos, señores, el más grandioso y alentador de los espectáculos. Esa juventud que se levanta como una celestial promesa para el futuro de la patria..."

Y el auditorio no aumentaba. Los mismos cien escasos oyentes continuaban allí, confundidos de la cabeza a los pies en gruesos abrigos. Las manos guardadas también en los bolsillos. Viejos, caducos, en su actitud. Las palabras del orador no parecían transmitirles ningún calor.

"Esa juventud que se levanta como una promesa" continuaba aquel. Pero iban a ser las once y la manifestación debía partir para exteriorizar en el pueblo la fuerza del partido. Sin embargo la "juventud" no se había levantado; continuaba en la cama recuperando, posiblemente, las energías gastadas en la noche anterior, olvidada de sus deberes para con su partido y sin acordarse que debía exteriorizar sus fuerzas y asustar al adversario.

Este espectáculo nos ha hecho reflexionar: ¿Existe algo de juventud en esos rediles de la democracia que se llaman partidos políticos? No. Porque juventud es la idea de libertad, el entusiasmo por las luchas idealistas. Juventud es ansia de romper con la tradición, de destruir todas las ligaduras que nos atan al pasado, de respirar a plena libertad bajo el aleteo salvaje de la naturaleza. Jóven, es

ser idealista embanderado a la hueste redentora, al anarquismo.

Fuera de ahí, todo es vejez moral o física. Porque no se es solamente joven en carnes; hay que serlo en ideas, que es la juventud meritória.

Luz

El alumbrado mecánico ha llegado a todas partes haciendo las delicias lucíficas de este pueblo tan miedoso a toda iluminación mental como a la oscuridad de la noche:

La energía eléctrica lleva hoy las bendiciones del astro rey a los más oscuros rincones del territorio argentino. Y esta luz se traduce en una nueva forma de la explotación capitalista, y es recibida con aplausos por todos los habitantes sin distinción, hasta por las mentes más oscuras. Parecería que la triste población humana de este país esperara que la energía eléctrica fuese a iluminar su conciencia dormida despertándola del aplastante letargo en que yace.

Sin embargo está probado que la electricidad no ha llevado su luz a la mente humana y sólo ha iluminado las calles, las fachadas de las casas y los salones y tabernas donde la población sigue corrompiéndose con todos los vicios que le brinda la civilización. Las ideas de los habitantes siguen siendo las mismas: el orden mediante el cual los aprovechados continúan tranquilamente explotando al pobre, corrompiéndolo en el vicio. El bandjerismo policial que antes realizaba sus fechorías favorecido por las sombras de la noche, ahora se ha saado la máscara y se vale de la luz para dirigir sus golpes arteros. Los desdichados que en otros tiempos eran hallados muertos en los quicios y los huecos, hoy se les ve agonizar con el frente acariciado por las reverberaciones de los focos colgados en las esquinas.

La luz nocturna ha venido a servir para que el panorama de la miseria moral y física sea perenne, continuo; para agravarnos el dolor del alma con el espectáculo perpetuo de la miseria ambiente. ¡Y éramos tan felices con pasar si quiera la mitad de nuestra vida a oscuras!...

Crisis

No se trata de un ministerio tambaleante ni de la baja, escandalosa en los precios de las carnes y los granos argentinos. Otra es la crisis que se ha hecho sentir en nuestro ambiente: es la crisis de seriedad en los hombres, la cual ha tocado también con su virus ponzoñoso a muchos que se decían portadores del verbo redentor.

Hay una carencia de seriedad que desconsuela, un relajamiento del carácter que amenaza destruir este atributo moral que adorna la personalidad humana. Va resultando práctica común faltar a la palabra, saliendo del apuro con cualquier pretexto, hasta con el más fútil.

En vez de una buena doctrina que tonifique la raquílica moralidad de este pueblo, es esta calamidad la que está haciendo escuela. A los mil padecimientos que nos agobian, se viene a sumar uno más. ¡El que faltaba!

A la seriedad la han reemplazado el charlatanismo, y se dan casos en que un disertante anuncia una conferencia sobre tal o cual tema, para luego defraudar la buena disposición del auditorio no

LAS RUCAS DE LA ACCIÓN DIRECTA

¿Cómo hacer para que el proletariado pueda conseguir el doble resultado, para él indispensable: obtener hoy el hueco modesto de las conquistas inmediatas, y no renunciar, sino más bien reivindicar eficazmente para un mañana no lejano la gorda gallina de la suprema conquista de todos sus derechos?

Naturalmente, los medios no se reducen solo a uno. Las armas son múltiples, según las circunstancias, el ambiente, el objetivo y el terreno de lucha. Pero tratándose del movimiento obrero, de la actividad que se desenvuelve en el terreno económico, y de las contiendas de clase, el medio de lucha por excelencia es el revolucionario de la acción directa, vale decir la acción desenvuelta directamente por el proletariado organizado, con sus fuerzas propias y sin intermediarios políticos, en la lucha contra el capitalismo.

La acción directa así entendida es la expresada práctica del método revolucionario.

Desde los tiempos de la primera Internacional, es decir, desde que se ha empezado a hablar de socialismo entre las masas, los anarquistas han sostenido siempre este concepto de la acción proletaria, única forma eficaz para la emancipación y la elevación del proletariado. "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los mismos trabajadores" se decía desde entonces. Y toda la lucha de los anarquistas contra el parlamentarismo, cuando no era vana declamación retórica, consistía en la afirmación de este principio fundamental de táctica revolucionaria.

Desde los tiempos de Bakunin y de la lucha de éste contra el autoritarismo y legalitarismo de los marxistas, el método revolucionario de la acción directa ha sido contrapuesto por los anarquistas al reformismo legalitario, el cual, desde 1870 en adelante y durante toda la vida de la llamada "Segunda Internacional", ha informado la acción práctica de la socialdemocracia en el seno del proletariado de todas las naciones.

El reformismo legalitario, en el terreno de la lucha entre las clases, tiende a la instauración de pactos legales entre proletarios y propietarios, y a devolver al Estado la reglamentación de estos pactos y su interpretación, o la resolución de los conflictos entre capital y trabajo.

Cierto, este método puede, sin mucho sacrificio material, hacer obtener algo a los obreros que lo emplean. Ellos, por medio de sus representantes políticos, pueden

tratando el tema anunciado y pasando las horas en charla sin llegar a nada concreto y abusando de la paciencia del público.

Este es un ejemplo típico. Pero la falta de seriedad se manifiesta en mil formas, y hay quienes — esto es lo más horrible de esta fealdad moral — quieren justificarla en nombre de la libertad. He aquí la libertad sirviendo para cualquier cosa hasta para cubrir faltas como la religión de los burgueses.

Y es hora de reaccionar contra esta calamidad; esta crisis de informalidad hay que combatirla con toda energía donde quiera que aparezca. Es un mal grave que amenaza postarnos, y hay que aplicarle un remedio urgente. Hay que salvar al anarquismo de esta calamidad.

den constituir una clientela del estado burgués que el Estado puede tener interés en apoyar... hasta cierto punto. Pero los obreros que caen en este error — peligrosísimo error — vienen por sí mismos a crear una barrera formidable a sus conquistas futuras y a su emancipación integral.

Además es preciso notar que todo mejoramiento parcial, siendo efectivo en parte solamente y por un tiempo determinado, el obtenerlo así, aún cuando se lo obtiene, lleva a neutralizar también su poca eficacia. Tal método es en el fondo más utopista de lo que parece, puesto que no tiene en cuenta el hecho de que la desaparición del monopolio capitalista podrá hacer cesar definitiva y radicalmente la explotación del hombre por el hombre.

Cuando he dicho que el reformismo consiste en la tendencia a legalizar el movimiento obrero, a resolver con la intervención del Estado, por medio de la representación política, los conflictos entre capital y trabajo, no he hecho más que exponer de modo simplista y sumario el fenómeno, que es sin embargo mucho más complejo y vasto. En realidad no se limita a la intervención del Estado y de los diputados, sino que se manifiesta también por medio de las representaciones comunales y provinciales, y así a través de toda una escala de autoridades más o menos burocráticas, todas las cuales tienden a quitar la iniciativa de todo movimiento a los interesados, para confiarla a hombres delegados y puestos por encima de aquéllos.

Es, para decirlo con frase más propia, el método de la acción indirecta.

La acción directa es lo contrario de eso: es la conquista arrancada desde abajo en lugar del mejoramiento concedido desde arriba. Es la fuerza puesta al servicio del derecho obrero hasta en sus más minúsculas contiendas — fuerza que va desde la simple imposición moral hasta el ejercicio más energético de la voluntad colectiva, como en las huelgas.

No está dicho que esta fuerza deba ser siempre violenta e ilegal, más bien, por un legítimo ahorro de energías, es bueno que el esfuerzo hecho sea proporcionado al fin y no se emplee más que la suma necesaria. Lo importante es que los obreros en lucha ejecuten ellos mismos, personalmente, por medio de sus organizaciones, sin intermediarios que no sean elegidos entre ellos mismos, este esfuerzo — sin invocar la intervención de los partidos y de los hombres políticos, de los árbitros, y tanto menos de la ley y del Estado.

Las formas de acción directa más conocidas son la huelga, la huelga general, el boicot y el sabotaje; la lucha contra la polenta cuando se pone de parte del patrón, la lucha contra el crumiraje, la resistencia pasiva y activa de toda especie, que puede ir desde el simple improviso cruce de brazos hasta la violencia individual y colectiva, de la llamada "huelga blanca" (permanecer inactivos en las fábricas) hasta la verdadera y propia ocupación de los talleres y establecimientos.

El método revolucionario consiste, en suma, en el desarrollo de la libre y libremente coordinada acción de clase de los

trabajadores contra el capitalismo y contra todos sus organismos políticos y económicos, — acción que emana de la iniciativa individual y colectiva de los mismos trabajadores, solidarios entre ellos y unidos para la lucha en sus organizaciones de clase. En suma, todo el concepto de la acción directa se puede resumir en una frase: *far' da sé* (obrar por sí mismo).

Es necesario que los trabajadores se persuadan de que todo lo que quieren, sea poco o mucho, si quieren evitar las desilusiones y las traumas, si quieren alcanzar ese fin cualquiera que se han propuesto, debe ser resultante de un esfuerzo ejecutado por ellos mismos, es decir, de la suma de las energías efectivamente gastadas por cada uno de ellos, coordinadas en el seno de sus organizaciones, nunca delegadas a terceros no directamente interesados, sean ellos autoridades estatales u hombres políticos, o sean también simples funcionarios de las organizaciones.

Un error en el que caen frecuentemente muchos trabajadores y revolucionarios es el de crearse, también fuera de la política, una especie de diputados de nuevo género en sus funcionarios. De éstos, ciertamente hay necesidad en las organizaciones más numerosas y más fuertes; pero hay la tendencia a ver en ellos no a simples empleados que desempeñan una función administrativa y ejecutan lo que ha sido deliberado por la masa, sino verdaderas autoridades en cuyas manos los obreros organizados abdican toda iniciativa propia. Este es uno de los peligros del sindicalismo considerado como fin de sí mismo.

Pero no hay que forjarse la ilusión de que el solo obrar por su propia cuenta pueda ser siempre revolucionario, o bastar a la aplicación del método revolucionario.

Se puede hacer "da sé" también por el reformismo; se puede desarrollar una acción directa también de modo antirrevolucionario. Por ejemplo, si unos obreros en huelga, aún tratando directamente y sin intermediarios políticos con el patrón, en vez de emplear en la lucha todas las energías de que son capaces, en vez de colocarse en un punto de vista antagónico con el patrón, sacrificasen su dignidad de clase para obtener concesiones, en cambio de las transacciones por ellos hechas, no se podrá decir que, haciendo esto, hayan desenvuelto una acción revolucionaria!

Esto significará, simplemente, que la masa no está madura para hacer de por

sí obra eficaz de resistencia contra el capitalismo. Y es necesario confesar que, hoy por hoy, en muchos países la masa proletaria está todavía en esta condición de inferioridad, — de la que no podrá ciertamente escararse y levantarla el método reformista, es decir, confiar la gestión de los intereses obreros a órganos y hombres que están fuera de la clase trabajadora y participan en el funcionamiento de los institutos burgueses.

Esta obra de acción y de educación revolucionaria deben cumplirla las minorías revolucionarias de trabajadores ya conscientes y evolucionados, las individualidades obreras que el estudio de sus condiciones, la fe en una idea de porvenir y el temperamento revolucionario han fortificado contra las influencias burguesas, y que se han puesto ya en antagonismo directo contra todo el mundo de los poderosos y de los privilegiados.

Pero para que la obra de esas minorías, de estas individualidades conscientes, surta el benéfico efecto de irradiar en la masa su espíritu de iniciativa y su energía, es preciso que escapen a los errores de los más comunes: uno, el desprejo de la organización, y de la obra menuda en el seno de las masas, para encerrarse en la torre de marfil de sus abstracciones ideales, como sucede con los individualistas; otro, el crearse hombres providenciales, el erigirse en pastores de la grey obrera y pretender dirigirla con su autoridad, como dictadores, sin darse la pena de descender en medio del pueblo, o descendiendo como ámos, como sucede con los reformistas y también con muchos que se creen sinceramente revolucionarios pero que igualmente realizan de ese modo una obra reformista.

Los obreros más conscientes y revolucionarios, lejos de salirse de las filas para encerrarse en una torre de marfil o para improvisarse jefes de sus compañeros menos evolucionados, deben en todo lo posible permanecer en medio de ellos en condiciones de igualdad. Así su palabra y su ejemplo tendrán verdadera eficacia, y conseguirán aumentar y hacer cada vez más aguerrida y fuerte a la minoría revolucionaria, al mismo tiempo que ejercerán entre las grandes masas una influencia siempre creciente que, antes o después, les pondrá sobre la vía maestra de la revolución.

Luigi Faberri



—Di, padre ¿la cárcel tiene calefacción?

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Resumen sintético de una filosofía libertaria

Fisiología del Progreso

En esa profunda autonomía y ese poder que hemos reconocido en todo organismo, en todo individuo (en el más amplio sentido de la palabra) reside la fuente, el germen de la libertad. Es la libertad en estado, como quien dice, embrionario. No se trata más que de un desarrollo, de una integración. ¿Cuál es este desarrollo? ¿Cuál será esta integración? Es lo que nos queda por examinar.

Progreso? — No existe el progreso, se ha dicho, *Adem sed atter*. No existen sino cambios de forma, transformaciones, metamorfosis, pero no existe nada nuevo, ninguna novedad, nada por "adelantado", en la naturaleza eternamente idéntica, a sí misma, en el Gran Todo siempre igual, en suma, bajo las apariencias. Nada de progreso real; ni de marcha hacia adelante, verdadera: *semper cadem!*

Hemos visto el valor de todo eso. Hemos visto que la puerta abierta sobre el infinito es una puerta abierta sobre la innovación y el progreso. Hemos visto cómo prosigue, en la naturaleza, incommensurable, el trabajo sin fin de la creación eterna, engendrando sin cesar, para cada realidad un porvenir nuevo.

Pero es cierto que debemos cuidarnos de la ilusión del progreso absoluto, de la representación simplista de una Evolución unitaria que abarque en un solo movimiento único a toda la realidad.

Es así cómo, substituyendo con una metáfora y una imagen metafísica a la realidad de las cosas, se nos habla, citando una multitud de teóricos, oscuros o ilustres, de trayectorias cíclicas, elípticas, parabólicas, espiraloideas... y qué sé yo! Es así como con Spencer se esquemática al progreso como un movimiento divergente por la multiplicación de los efectos.

A estas concepciones *balísticas*; fatalistas, nacidas del simplismo y del absolutismo, una sana noción de la completitud irreductible de la naturaleza y de la vida universal, opone una concepción orgánica, de desarrollo, de crecimiento, una concepción *energética*, que admite en cada progreso un rol a la iniciativa innovadora.

Sí; nada de progreso de la naturaleza, de progreso absoluto! Nada de "devenir eterno" englobando a todos los fenómenos en un movimiento único! Sino desarrollo — por lo tanto fenómeno particular, concreto, relativo: — desarrollo espontáneo y autónomo de energía organizada, he aquí cómo se presenta, he aquí en qué consiste, a nuestros ojos, todo progreso verdadero, cósmico o terrestre.

Acumulación de potencial, tal es por lo demás el carácter fundamental de toda evolución progresiva. Acumulación, organización, desarrollo. Así progresa el mundo. Así el átomo se forma para engendrar los cuerpos; después así también la vida se organiza.

¿Qué es lo que domina el mundo? Ciertamente que no; nació, aconseja esa pasividad; pero la táctica que nos recomiendan los comunistas es peor que la misma pasividad. ¿Nuestro método? No, sabríamos decir cuál es ni cuál será mientras los trabajadores, mientras las grandes masas del pueblo dormiten sin el diablo en el cuerpo. Podemos asegurar que no aceptaremos un método que esté en contradicción con nuestras ideas. Cada momento y cada circunstancia entraña en sí la línea de conducta a seguir. Si se nos preguntase cuál sería nuestro sistema de lucha inmediata contra la reacción, indudablemente no forjaríamos una panacea infalible, tal vez no supiéramos qué contestar, pero señalaríamos nuestras actividades de cada día, con las que nos oponemos, según el momento, según las posibilidades, a los ataques de los enemigos de la revolución.

D. A. de S.

vida planetaria se organiza y perfecciona; la conciencia, en fin, flor de progreso, se constituye, surge, se desarrolla y abre siguiendo el mismo proceso. De este proceso se desprende una ley: *ley de coordinación creciente. E pluribus unum*. Los antagonismos se borran; las síntesis se producen; la armonía aumenta. El cosmos se organiza por escalones: el átomo material — la célula viviente, — la colectividad social, marcan las etapas de esta coordinación universal.

En esta unidad reside la variedad: *variedad creciente en la unidad creciente*. Así podría formularse la ley suprema, la ley sintética del progreso. En los organismos inferiores, como dice Baer, todo está en todo, y el organismo sube de grado a medida que se opera la división del trabajo. Es la ley de diferenciación. *Peró esta ley de diferenciación es inseparable de su complementaria, la ley de sinergia, de coordinación orgánica, que acabamos de poner a luz y que es preciso no perder de vista si se quiere permanecer fiel a la realidad.*

Estas dos leyes son correlativas; ellas se condicionan mutuamente. Aislando a una de ellas, adhiriéndose exclusivamente a una verdad parcial, para hacer su ley de heterogeneidad creciente, Spencer ha falsado su concepción de los hechos naturales. La realidad no corresponde a su tesis. (1) Diferenciación, sí; heterogeneidad, no; — he aquí lo que nos dice la naturaleza, he aquí lo que nos enseña en sus organismos, sus mundos, cada vez más unificados, más coordinados y coherentes, cada vez más solidarizados, según y a medida de sus diferenciaciones mismas.

¿Cómo se presenta, en lo concerniente al hombre y a la colectividad humana, ese proceso de crecimiento, de acumulación, de desarrollo, que es, como acabamos de verlo, la esencia de todo progreso? ¿En qué consiste? ¿A qué conduce? ¿Cuál es, en una palabra, su fisiología particular? En verdad, tales son por lo tanto, los términos precisos del problema.

El fenómeno característico del desarrollo humano, es el desarrollo del saber. El progreso humano puede definirse como el progreso del saber colectivo: la ciencia que aumenta, es la humanidad que avanza; es el hombre que se aleja cada vez más del antropoide primitivo, para aproximarse al *homo sapiens*, al ser consciente y libre que triunfa de la naturaleza obediéndola sus leyes.

Peró esta evolución de la Humanidad hacia la ciencia y la plenitud de poder, no es sino la continuación, con medios aumentados, de la evolución zoológica que, partiendo de la inconsciencia y de la impulsividad, llega en las especies superiores, a la conciencia clara y a la espontaneidad personal. El desarrollo mismo del conocimiento, de la conciencia, — y en consecuencia de la voluntad y el poder de acción — continúa a través de toda la escala de la vida animal.

El factor esencial, el punto de partida, la base de toda esa evolución, es la memoria. "Función general de la materia organizada", como escribía Ewald Hering ya en 1870, "es a la memoria que debemos casi todo lo que somos y lo que tenemos". El ser viviente, desde el más elemental al más perfeccionado, es un acumulador. Sin acumulación mnemónica de las impresiones, no serían posibles por rudimentarias, fugaces, embriónicas y difusas, que fueran, ni la conciencia, ni las imágenes, ni la razón, ni la voluntad. Toda la psicogenia está bajo la dependencia de este elemento primordial. El hecho de conciencia más simple, el más confuso, el más vago, es un complejo de relaciones que supone la memoria orgánica. Más: la misma vida vegetativa no tiene por base el fenómeno de intususección, que es, como lo indica justamente Hering en sus *Ensayos de psicología celular*, una forma de memoria larval, un aspecto grosero del fenómeno general de acumulación vital?

Sea cual fuere la explicación de este fenómeno biológico fundamental — que se invoque con Haeckel "la estructura molecular de las combinaciones carbonatadas", o se recurra a las propiedades de las combinaciones endotérmicas del nitrógeno, combinaciones endotérmicas que, como hace observar Berthelot, desempeñan un rol importante en los fenómenos de la vida, que se atribuya o no, con Letourneau y otros, la memoria especial del sistema nervioso al fóforo acumulador de luz — el hecho existe y "sin la hipótesis de una memoria inconsciente de la materia viva, las más importantes funciones de la vida son, en suma, inexplicables". (2) ¿Puede aún ser cuestión de hipótesis cuando se trate de un hecho — abstracción hecha del nombre que se le da — de un hecho evidente, cierto, el hecho de acumulación orgánica, al mismo tiempo física y psíquica?

La conciencia tiene entonces por condición esencial a la memoria. Pero la memoria cerebral, es necesario notarlo en seguida, no colecciona ni relaciona sino abstracciones. *No retiene* a la realidad concreta. Esta se nos escapa. Nosotros no percibimos, no retenemos, sino cualidades, propiedades abstractas de objetos concretos, objetos de los cuales nos afirmamos, así, todo su ser real y que no conocemos, bajo un vocablo dado; más que como una suma de abstracciones, más o menos extensas pero siempre incompletas, siempre inadecuadas a la realidad completa.

Así, por ejemplo, a lo que llamamos *caufre*, es siempre con certeza idéntica, *mente y absolutamente el mismo cuerpo?* Nada lo prueba, y muchos químicos no temen dudarlo. Podemos en efecto, afirmar otra cosa sino la concordancia de tales y tales propiedades, más o menos numerosas pero abstractas, y que son las únicas que conocemos?

¿Cuántas veces, por otra parte, no tomamos a un mellizo por un ser humano gemelo, y más generalmente todavía, no confundimos entre animales de la misma especie? ¿Por qué? Porque nuestro conocimiento y nuestra memoria cerebral no se fijan sino sobre caracteres abstractos y puede suceder, precisamente, que esas abstracciones concuerden.

La memoria cerebral, como el conocimiento, opera entonces sobre lo abstracto. Se alimenta de abstracciones. Extrae de objetos concretos, elementos que luego coordina y organiza, y es por esto que la conciencia que ella condiciona, escapa a la tiranía de los objetos materiales, al absolutismo del mundo exterior, y a la fatalidad.

No se trata aquí, es bueno notarlo, de abstracciones metafísicas. Se trata de percepciones reales. Se trata de impresiones del exterior, impresiones de origen objetivo, concreto, pero pasadas por el sedazo de nuestro organismo, percibidas según nuestra organización psíquica y nuestra propia naturaleza, traducidas por nosotros según nuestra norma íntima, según nuestra autonomía natural. Y sin caer en el subjetivismo puro de los sucesores de Kant, se puede decir con Elisso Reclus, que los siglos no han agotado la profundidad de las palabras del filósofo griego: *El hombre es la medida de todas las cosas*.

Así es como la conciencia, autónoma, crea progresivamente la libertad.

Experimentalmente, poco a poco, ella acumula las abstracciones, los datos, las verdades, cada vez más sintéticas y más generales, para elevarse finalmente en la humanidad, hasta las verdades universales que conceden al hombre la clave de los fenómenos y el poder científico.

Es innegablemente por la vía de la experiencia, es por el método experimental, reconocido o no, voluntario o no, que se opera, durante el curso de la historia geológica y humana, ese progreso, ese desarrollo de la conciencia libertadora. Pero muy a menudo en nuestra época — y aquí está el error — se ha confundido *no sólo experimental y método objetivo*. Se ha desconocido la parto que corresponde a la iniciativa del espíritu. Se ha desconocido la acción iniciadora de todo, lo que constituye el *genio*. Genio obscuro

aún, embrionario pero creciento, de la serie animal, genio cada vez más triunfante del hombre, es el que dá las intuiciones, que la experiencia comprueba y verifica. La imaginación, tan desacreditada por los *objetivistas*, la imaginación creadora está en primer término. Ella desempeña, entre los factores de la ciencia y del progreso de la conciencia, el rol de un elemento esencial, de un elemento central, de un elemento motor. Crea: hipótesis, esas hipótesis tan necesarias y fecundas. La experiencia, propiamente hablando, no es sino un examen de comprobación eliminatorio. Confronta, selecciona. Ajusta, con la observación, las ideas a las realidades exteriores. Pero, ante todo, es por la lógica del sentido íntimo que se forman esas ideas, esas intuiciones, que el controlador objetivo eimmina o fortifica.

La lógica, he aquí, en efecto, el fondo eterno y universal de las cosas. He aquí la esencia del universo, la razón última de los fenómenos. No la lógica pura, absoluta, metafísica de un Hegel, sino la lógica protiforme de la naturaleza, la lógica inherente a la física universal y cuyas leyes naturales no son sino su expresión particular.

Fundamento de la razón, como del sentido íntimo, ella es el fundamento de la libertad. Ella es la que, en un *crecemento grandioso*, que va de la intuición a la ciencia por el desarrollo experimental de la razón, engendra en el seno de la humanidad una fuerza nueva: es el verbo, órgano lógico por excelencia que durante el curso de los siglos, a través de la historia y la prehistoria, crea, organiza poco a poco, con la palabra al principio, con la escritura después, con la imprenta en fin, la sabiduría y la libertad. Sin él no es posible el progreso humano: es él el que permite notar las relaciones objetivas de los fenómenos; es gracias a él, es por él que las verdades generales, que las verdades universales, las leyes naturales, las ideas racionales se desprenden, se formulañ, se comunican, se retienen: es por él que la ciencia, el saber acumulado, al mismo tiempo colectivo y sintético, se constituye y crece, desterrando de etapa en etapa, la superstición y el absolutismo, aumentando el libre poder del hombre, eliminando progresivamente la autoludid, de la concepción de la naturaleza y de la vida del hombre.

Así la anarquía (3), la vida desembarazada de toda autoridad, el desarrollo de la libertad plena, está en el término de la integración humana y del desarrollo de la conciencia. Pero no confundámos. Hay anarquía y anarquía. *Anarquía y anarquía*. La anarquía racional, para emplear la feliz fórmula de Emilio Digeon (4), la anarquía innovadora, no tiene nada de común con el reino del buen vivir individualista; ni con el apacismo multiforme que es su lógica conclusión. Esto es la pseudo sociedad actual; los la anarquía de hoy día, esta anarquía desordenada que los socialistas, que Collas, que Augusto Comte, han señalado y caracterizado tan magistralmente bajo sus diversos aspectos. Este "autoritarismo del Yo", este absolutismo egoísta, principio del mundo burgués, individualista, es la negación de la anarquía, hacia la cual vamos nosotros. Esta, pléñese y dígnese lo que se quiera en los cenáculos, las gacetas y los pretorios, esta no es posible sin disciplina. Pero esta disciplina eliminadora de lo arbitrario, es la de la razón impersonal, de la razón perfecta que hace al hombre cumplir con su deber. O autoridad o razón; tal es el dilema que se plantea perpetuamente en la práctica de la vida y de las relaciones humanas. Tal es también el conflicto milenarío por la libertad.

Paul GILLE

(Continuará)

- (1) Ver especialmente las críticas de G. Tarde (*Darwinismo natural y Darwinismo social*).
- (2) Ernesto Haeckel, *Ensayo de psicología celular*.
- (3) *Ortografía primitiva de la palabra en su sentido anticautoritario*. Ver *Kropotkin*. "Palabras de un Rebelde".
- (4) Emilio Digeon, *De los derechos y deberes en la anarquía racional*.